

Mons. Lucien Cerfaux

El relevo de los viñadores (Mt 21, 33-46)

El negarse a recibir el mensaje, la incompreensión de los Judíos ante los «signos del tiempo», adquiere a los ojos de Jesús toda su significación: esos hombres, a los cuales, desde el comienzo estaba llamando Jesús al Reino, los pobres, los pecadores, los publicanos, los Samaritanos, constituyen en lo sucesivo la única categoría de privilegiados.

Los tres sinópticos coinciden en considerar la parábola de los viñadores como un adiós profético de Jesús al pueblo judío. Al mismo tiempo se abre una visión del futuro: la viña será entregada a unos viñadores más honrados; Jesús, la piedra rechazada por los constructores, se convertirá en la piedra angular de un nuevo edificio.

No hay que dar importancia a las divergencias existentes entre los tres evangelistas. Lucas, según su costumbre, copia a Marcos. Abrevia la cita de Isaías, a la que se refiere Jesús, pero la frase: «plantó una viña» basta para localizarla. Cita solamente en parte el texto del Sal 118, 22s.; pero en compensación, lo comenta.

En los tres evangelistas, la parábola se desarrolla entre el texto de Is 5, 2 y el salmo citado, salmo que recoge san Pedro (Hech 4, 11; 1 Pe 2, 7). No tiene que extrañarnos la utilización por Jesús de textos del Antiguo Testamento, ni, en particular, la presencia de estos textos en este pasaje. El cántico de la viña, inolvidable para quien lo haya oído y entendido, resume toda la misión de los grandes profetas. ¿Es una objeción válida la utilización del salmo 118 en el libro de los Hechos, a propósito de la resurrección? Es preciso que alguien haya sido el primero en observar una palabra tan elocuente para la historia del movimiento cristiano. La imagen de la «construcción» es familiar a Jesús. «En conclusión —resume V. Taylor—, lo más probable es que ese interés que tiene el cristianismo por la idea de Cristo, como piedra rechazada por los hombres, pero convertida por Dios en piedra angular de un nuevo Templo, esté basado en la tradición y que Jesús mismo se ha servido del salmo 118, 22s. en un ataque aplastante contra la jerarquía judía.»

Tomamos como texto de base el de Lucas, porque es el más conciso.

«Un hombre plantó una viña, la arrendó después a unos viñadores y marchó al extranjero [por largo tiempo].

Cuando llegó el tiempo oportuno, envió a los viñadores un siervo para que le dieran el fruto de su viña. Pero los viñadores le azotaron y le despidieron con las manos vacías. Volvió a enviar otro siervo. Y también a éste le azotaron, le llenaron de ultrajes y le despidieron con las manos vacías. Volvió a enviarles otro siervo. Y también le hirieron y le echaron fuera.

Entonces dice el dueño de la viña: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo querido; tal vez por ser él, le respeten. Pero cuando los viñadores le vieron, se dijeron unos a otros: Este es el heredero. Matémosle, para que la herencia sea nuestra. Y echándole fuera de la viña, le mataron.

¿Qué hará con ellos el dueño de la viña? Vendrá y hará perecer a esos viñadores y dará la viña a otros. Al oír estas palabras, dijeron: No lo quiera Dios. Y clavando sus ojos en ellos, les dijo: ¿Qué significa entonces lo que está escrito: La piedra que habían desechado los constructores, ésta es la que se ha convertido en piedra angular?»

Los Padres se han sentido grandemente tentados a buscar en esta parábola la historia detallada del pueblo de Dios y leer en ella su reprobación. San Ireneo amplía el horizonte: «Dios ha plantado la viña con la creación de Adán y la elección de los Patriarcas; la ha arrendado a los viñadores con la Ley que fue dada por Moisés...» Orígenes, basándose en Mt 21, 43, ve en la viña la doctrina de las Escrituras unidas a la contemplación de Dios; en adelante, los misterios de la Escritura pertenecen a los cristianos. Es la fórmula de san Pablo.

El carácter de la parábola y sus circunstancias imponen un cierto alegorismo. Está incluida naturalmente en un diálogo polémico. Jesús inicia la ofensiva contra los Fariseos y doctores de la Ley. La parábola los está mirando; describe, bajo un velo transparente, su situación dramática. ¿Cómo no se iban a inclinar algunos rasgos hacia la alegoría? Que la tradición evangélica los haya subrayado es normal. El que falten en el evangelio de Tomás, ¿es un argumento perentorio para rechazarlos? Aun en el caso de que este apócrifo tuviera alguna probabilidad de representar en ciertos detalles una tradición original, su alegorismo de carácter gnóstico permanente le aconsejaba no conservar el alegorismo de nuestros sinópticos.

En este momento, en que todo parece perdido, Jesús contempla el porvenir de su obra. La repulsa de los Judíos es perfecta. El judaísmo, inseparable en su masa de sus jefes, no aceptará el último esfuerzo profético. No renegará de su pasado glorioso por un porvenir de misterio. El no va a renunciar a su posición de pueblo elegido, para aceptar un cuadro religioso en el que sus privilegios amenazan ser desconocidos, su Ley despreciada, y el Templo, sus sacrificios y su sacerdocio, sustituidos por un culto interior. Dios sacará las consecuencias.

Esta parábola-alegoría de Jesús, su testamento y al mismo tiempo su última protesta contra el judaísmo legalista, está edificada sobre un cañamazo muy sencillo, que viene a traducir la alegoría de la viña de Isaías. Aquí aparecen los viñadores, ausentes en Isaías; pero ¿no eran ya ellos, en Isaías, los responsables de la infecundidad de la viña? A ellos les reclama Dios los frutos. Por otra parte, el castigo de la viña de Isaías, ¿no era el castigo de sus viñadores? El cántico de Isaías concluía con una misteriosa promesa para el porvenir. Jesús la traslada a su horizonte. La viña es a la vez el Israel de Dios, el Reino, la verdadera justicia que Dios pide; pueblo, Reino y justicia tendrán que pasar a un orden nuevo, al orden que Jesús comienza en la

tierra con todos los que le escuchan.

El llamamiento de la parábola es patético, en este momento en el que Jesús se ve rechazado por aquellos a quienes él quería abrir los tesoros del Reino de los cielos. Los viñadores han llegado hasta el colmo de su malicia. Tratan al último mensajero del Reino como han tratado a los profetas. Los males que ellos anunciaban van a descargar sobre Jerusalén, que no ha querido entender el último llamamiento de Dios. Pero este llamamiento es palabra de Dios; no puede, pues, caer en el vacío. ¿Quién lo oirá? Nadie queda excluido. Ninguno es privilegiado en absoluto. ¿Lo son los cristianos de hoy? El llamamiento es eminentemente personal, y la respuesta es personal. La parábola ha condenado definitivamente la falsa seguridad de los doctores de la Ley y de los sacerdotes. Ya no existe seguridad alguna, fuera de la confianza en la obra de Dios.

¿Se ha observado que la parábola no determina la parte que se restituye al propietario? Es que el propietario es Dios, y El pretende exigir la totalidad del fruto de su viña. Todo hombre es su viña, según la doctrina de Jesús. A él le pertenece la totalidad de las vidas. El hombre no dispondrá ya de nada, a fin de quedar totalmente libre para el porvenir que se le abre. Los Judíos morirían en su legalismo, sus «prácticas» de piedad, sus sacrificios y su liturgia. Ellos habían decretado por su cuenta que el llamamiento de Dios no podía ya rebasar ese cuadro. Nosotros somos distintos, por influjo de nuestros siglos cristianos y de nuestra cultura contemporánea. Nosotros sabemos que no son suficientes los diezmos, ni los ayunos; sabemos que todo esto no agota el llamamiento de Dios. La voz de Dios es más exigente, más totalitaria, más apremiante también, hasta el punto de que el único recurso que nos queda para evadirnos de ella es el mido del mundo. Si al menos supiéramos que ese ruido procede de la armonía de las esferas...

(Mons. Lucien Cerfaux, Mensaje de las parábolas, Ediciones FAX, Madrid, España, 1969, pág. 161-167)